

El hombre y la lápida

EN todas partes tropezamos con la desigualdad humana. El pueblo de las estatuas de una ciudad forma una sociedad tan mezclada como la que hallamos en el *hall* de un hotel cosmopolita o en el vagón restaurante de un expreso. Hay estatuas donde se ha tallado una imagen memorable, y estatuas que son un epigrama.

Como con las estatuas ocurre con los nombres de las calles. La conmemoración callejera forma un abigarrado pueblo, donde la vulgaridad se codea con el mérito. Los motivos de la fama son muy diferentes. Se puede *tener* una calle, dar nombre a una calle, por haber escrito el *Quijote* y por haber sido concejal.

En la Gran Vía madrileña, Pi y Margall continúa al Conde de Peñalver. Pi y Margall no escribió el *Quijote*, aunque fué uno de los más puros y elegantes prosistas de su tiempo—un clásico—; pero no es de la misma tribu espiritual que el Conde de Peñalver. El conde era una persona respetable, fué tal vez un buen alcalde, llevó a cabo el antiguo proyecto de la Gran Vía y tenía algún derecho a firmar una piedra de la obra; pero la proximidad a Pi y Margall le perjudica.

* *

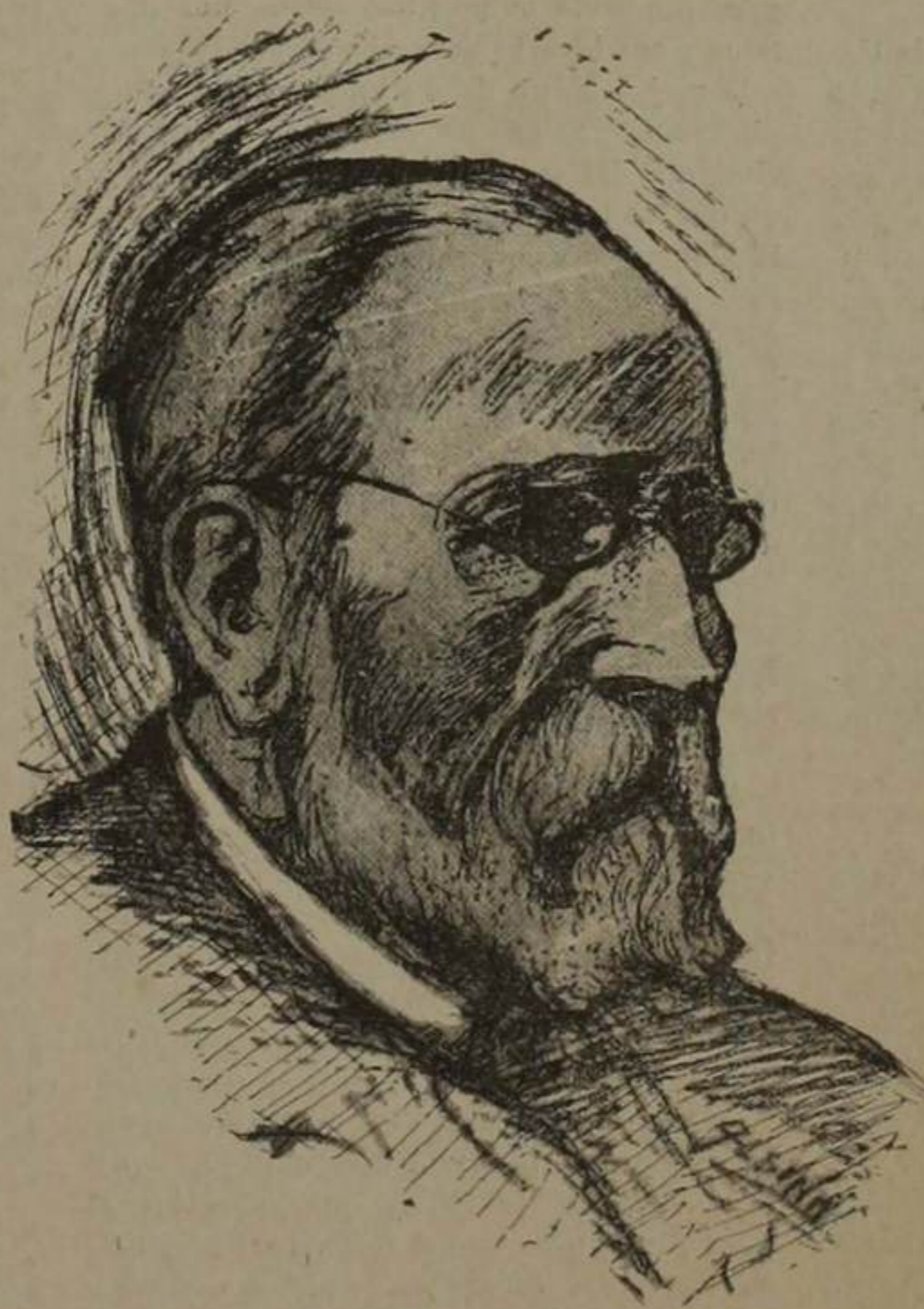
En la nueva avenida Pi y Margall se ha descubierto la lápida nominadora, eligiendo para la ceremonia el aniversario centenario del nacimiento de aquel gran republicano. Fué un acto modesto, celebrado casi en familia, a las nueve de la mañana, como si se deseara la intimidad o el incógnito. Madrid, a las nueve, se desmerece. Me recordaba esta ceremonia tan matinal el entierro de un amigo, señalado también a hora muy temprana. «Indudablemente, la familia no quiere que vayamos al entierro», se dijeron los amigos, y no fueron. Quizá la sobriedad de la ceremonia conmemorativa de Pi y Margall fué un homenaje apropiado a la austeridad de aquel gran hombre, que recordaba con sus costumbres la sencillez de las repúblicas antiguas. Por lo menos, la libró de las desafinaciones que a veces se producen en los actos de más aparato.

* *

Le llamaban el hombre de hielo. Parecía que a sus enemigos les exasperaba la austeridad inatacable de Pi y Margall, y que buscaban el desquite presentándole como un hombre insensible, encerrado en su utopía, indiferente a las palpitaciones de la emoción humana, una estatua viviente. No

era así; pero aunque lo fuera, habría sido una noble estatua de perfiles antiguos que miraba al mundo nuevo.

En mis recuerdos surge su figura de filósofo y patriarca, no en un Pórtico o en una Academia, sino en las asambleas algo beocias de las cortes de la Restauración. Quizá la especie de su frialdad surgió como un contraste con la gesticulación y la oratoria gritadora, pomposa y hueca. Me le represento escuchando impasible el griterío del coro adverso, después de lanzar sus acusa-



Don FRANCISCO PI Y MARGALL

ciones implacables, o tal vez oyendo sin pestañear una voz tonante y declamatoria que asesta sobre él la gruesa artillería de los lugares comunes, que ni le desconcierta ni le excita a la interrupción.

Su estilo, en los últimos escritos, tiene cierta impasibilidad escultórica, marmórea. Mas en los *Estudios sobre la Edad Media*, en *La reacción y la revolución*, se percibe la llama de la emoción. El hombre de hielo tuvo su pasión, la pasión más rara y exquisita: la pasión de la verdad, que es la más desinteresada; la pasión sin premio. Por ella sacrifican algunos hombres elegidos los bienes de la tierra, el reposo, la popularidad y hasta a veces la vida. Todas las otras pasiones, las nobles y las viles, tienen su señuelo y su recompensa en el bien de-

terminado a que aspiran. La pasión por la verdad sabe que esa misma verdad que persigue no le será dada, que no será más que *su* verdad, la visión fugaz y parcial de una conquista inasequible. Mas esta pasión por la verdad, la pasión noble por excelencia, es el decoro del espíritu, la lealtad consigo mismo y con los demás hombres, el servicio divino que la inteligencia rinde a su ley.

El pragmatismo aspira a conciliar la verdad con la práctica a expensas de la verdad. Esta tiene en sí misma su propio pragmatismo. El primer fruto de la pasión por la verdad es el ennoblecimiento del carácter. La verdad imprime carácter como un sacramento. Pone en sus servidores y elegidos la marca del *sacerdos in alternum*. El Pi y Margall enamorado de la verdad desde la juventud, que se negó a servir a las ficciones triunfantes, explica el probo ciudadano, el hombre de vida privada intachable, el gobernante austero, que siguió rindiendo culto a la deidad que no envejece.

ANDRENIO

(*La Voz*, Madrid).

El centenario del gran republicano español Pi y Margall

Valladolid, marzo 1924.

EL 29 de abril próximo venidero se cumplirá el primer centenario del nacimiento de aquel varón insigne y sabio, ejemplo de austeridad y de todas las virtudes cívicas, que se llamó D. Francisco Pi y Margall. Pocos hombres, en efecto, producen al evocar su venerable figura, respeto más profundo para su obra y para su persona. Nadie le aventajó en civismo y ningún otro supo colocar más alta su honradez.

Ignoro qué actos habrán de celebrarse, en la fecha indicada, en nuestro país para enaltecer sus doctrinas y honrar la memoria de quien, como él, fué la concreción del más puro y exaltado amor patrio y sacrificó su entendimiento y su vida en idear la máxima prosperidad de España. Hombre de su tiempo, sus concepciones políticas fueron, no obstante, las de un precursor que se adelantase dos siglos a la vida de la Humanidad.

En su programa de 22 de junio de 1904 proclamó como principios fundamentales, en el orden humano, libres el pensamiento, la conciencia y los cultos, y garantidos la